

Gramsci en Cuba

*Fernando Martínez Heredia**

En el tema de la influencia de Antonio Gramsci en Cuba es preciso recordar, ante todo, que primero triunfó en el país una profunda revolución y poco después llegó, aunque muy a tiempo. El pensamiento de Gramsci entró en conjunción con la teoría de Carlos Marx y se hizo presente en: a) nuestra necesidad de ser marxistas para ser capaces de pensar lo que éramos, nuestros problemas y lo que queríamos, y b) nuestro rechazo a la corriente principal en el marxismo de entonces, que era el llamado marxismo-leninismo.

Lo que digo me lleva a combinar en este testimonio elementos de las realidades y los cambios sociales de todo tipo, propios de un evento histórico, con la exposición de ideas, y al mismo tiempo examinar estas últimas en dos sentidos: el de la crítica a un determinado complejo de pensamiento e ideología; y el atinente a un trabajo positivo de investigación y reflexión teórica.

Debo referirme también, en alguna medida, a mi actuación intelectual y mis ideas. Pero ahorraré tiempo al calificar procesos y eventos sociales con los conceptos y desde la comprensión personal que tengo de ellos muy influida por Gramsci. Me ceñiré a esa primera época de Gramsci en Cuba que coincide con la primera etapa de la Revolución en el poder –la que va de 1959 a principios de los años setenta (Martínez Heredia, 1991:94-122)–, pero haré un breve comentario acerca de la época que siguió y a la situación actual.

El primer gran cambio cultural de aquella época –cuya trascendencia llega hasta hoy– fue la demostración palpable del poder de la actuación contra los límites de lo posible, que hasta entonces se consideraban intangibles. Toda revolución es una victoria contra los límites de lo posible, y la cubana tuvo ese rasgo a un grado extremo. El sistema político cubano previo se basó en la soberanía nacional limitada, la corrupción generalizada y la ineficacia dentro de un régimen y unas instituciones democráticas.

* Ensayista e historiador, doctor en Derecho, profesor titular adjunto de la Universidad de La Habana. Investigador titular en el Centro Juan Marinello, del Ministerio de Cultura de Cuba. Áreas de investigación: revolución e historia cubanas, movimientos populares latinoamericanos. E-mail: <fermar@cubarte.cult.cu>.

No obstante, este sistema político perdió legitimidad en 1952 por un golpe de estado militar que derrocó al gobierno –único caso en medio siglo de República– dando paso a una dictadura. La compleja hegemonía reformulada en la segunda república burguesa neocolonial fue herida de muerte. El camino insurreccional emprendido en 1953 por Fidel Castro y sus compañeros se convirtió en la alternativa y desató una contienda política armada con apoyo popular creciente desde 1956. El triunfo de la guerra revolucionaria en enero de 1959 barrió a la tiranía y a lo esencial del sistema estatal burgués neocolonial.

La participación masiva y organizada del pueblo, unida a las medidas prácticas del poder revolucionario, acabó con el sistema social previo y con la mayoría de las ideologías y creencias que estaban en la base de su hegemonía. En el complejo cultural cubano eran muy importantes elementos como: el predominio de la política entre las formas de conciencia social; un nacionalismo de carácter popular que esperaba mucho del futuro para la patria; la democratización; fuertes influencias de lo político en la cultura popular; el alto valor que se daba al dinero y al individualismo, y la propensión a esperar mucho de la suerte y del destino. Esa comunidad nacional se encontró de pronto con sus propias fuerzas y las ejercitó con un entusiasmo y una voluntad ejemplares, y con un optimismo inagotable.

El proceso debió enfrentar riesgos mortales y situaciones límite, frente a los cuales reaccionó, en la primera década, con sucesivas profundizaciones de la Revolución. El cambio logrado por los cubanos fue el fruto principal de tantos esfuerzos y de una violencia excepcional en las relaciones sociales, las ideas y la sensibilidad de las personas. La Revolución convirtió el presente en cambios y el futuro en proyectos, y capitalizó todo el pasado de luchas del país. Esa alteración tan profunda de los sentidos del tiempo y la multiplicación efectiva de los participantes en los eventos modificaron drásticamente la vida pública y la vida cotidiana. Se transformó la manera de vivir, los resultados de la reproducción de la vida social, las instituciones básicas, las normas e incluso las costumbres, como resultado de una fusión de los dos principales efectos de las revoluciones: el libertario, que desata potencialidades, permite vencer y hace posibles los cambios, y el poder revolucionario, que los materializa, les da cauce, y los garantiza y organiza.

En incontables terrenos la Revolución generó nuevas situaciones y nuevos problemas. Al examinar eventos y coyunturas se advierten numerosas pugnas ideológicas. En los años de la lucha insurreccional y en la primera etapa de la Revolución en el poder hubo un sinnúmero de diferencias, tensiones y polémicas entre los involucrados en el proceso. En los primeros años de la década de los sesentas, uno de los temas centrales a discutir era si Cuba iba a ser una “democracia popular”, al estilo de las de Europa Oriental, o si seguiría un camino revolucionario propio. ¿Cómo sería su socialismo? También se polemizó acerca de la unidad de los revolucionarios, la forma y el control de la

organización política, los cambios agrarios, los temas económicos y la orientación general y el papel de la economía en el socialismo cubano, la militancia y la libertad en la creación artística y literaria, y las relaciones entre cultura y política.

La amplitud de lo que se auspiciaba o se permitía, la profusión de debates, los temas que estos abordaban y la libertad con que se realizaban –en un país en que la oposición activa a la Revolución no era tolerada– constituía una realidad maravillosa y un signo visible de la salud y el vigor del nuevo régimen.

Después de la Batalla de Girón y de la proclamación del carácter socialista de la Revolución, en abril de 1961, el marxismo fue considerado la teoría de la revolución y se tomaron algunas medidas oficiales con el fin de divulgarlo. Pero lo decisivo fue que muchos miles se entusiasmaron con aquella ideología, y su presencia se convirtió en un hecho social que generó emociones y crisis de pensamiento. Los colosales cambios en la vida diaria y a nivel de la sociedad promovidos por la Revolución fueron lo que convirtió al marxismo en una ideología de masas. Pero, ¿venía esto a ayudar a la Revolución, o solamente a extenderle un certificado de legitimidad? La concepción expresada por la letra del marxismo existente parecía servir a la segunda opción: legitimar el proceso. El problema básico era si el pensamiento marxista tendría funciones rituales o creativas. Sin olvidar la especificidad que tiene siempre la producción de ideas, la cuestión estaba íntimamente ligada a la naturaleza misma de la Revolución.

El marxismo tenía ya una larga historia y no podíamos tomarlo como quisiéramos, a nuestro gusto. Junto al petróleo y el armamento soviético llegaron los productos y la influencia de su ideología, el llamado marxismo-leninismo, cuyas funciones principales eran legitimar, obedecer, clasificar y juzgar. Ese tipo de pensamiento circuló en Cuba desde el principio de los años sesenta, en decenas de miles de manuales de Filosofía, Economía Política, Marxismo-Leninismo, Historia de la Filosofía, diccionarios y monografías. Eran ediciones soviéticas en español y de editoriales latinoamericanas –como Grijalbo, Pueblos Unidos o Lautaro–, y también las había reproducidas por las nuevas editoriales cubanas. Publicaciones periódicas, folletos y otros medios ampliaban el alcance de aquella ideología.

En el fondo el problema no era sólo de ideas: era una pugna de poderes en la que cada parte tenía variables a su favor. A través de un complejo proceso se fue imponiendo el peso del triunfo obtenido por el socialismo cubano en 1959 (aquí no puedo tratar un hecho histórico básico: la existencia de dos tipos de socialismo en Cuba desde finales de los años veinte) y el carácter de la Revolución Cubana. Eso fue condicionando al marxismo cubano de los años sesenta, pero, por los mismos rasgos generales del proceso ya expuestos, era necesario que el marxismo, el pensamiento social, la historia, las artes y la actividad intelectual fueran campo de discusiones y

confrontaciones. Además, la tendencia general no excluía, en modo alguno, la relativa autonomía que siempre tiene el pensamiento. Estudiosos entusiastas y polémicas encendidas, argumentos, planteles docentes y esfuerzos que buscaban investigar los problemas fundamentales y las líneas estratégicas y el proyecto de la Revolución, llenaron de vertientes y modalidades la recepción masiva del marxismo en Cuba.

Necesitábamos desarrollar un pensamiento nuestro –“pensar con cabeza propia” era la consigna– y encontrar otras fuentes procedentes del pensamiento de otros países. Pronto rescatamos a José Carlos Mariátegui, que había sido condenado por la Internacional Comunista desde 1930, y cuya obra se había sometido al olvido.¹ ¿Por qué y cómo llegó Antonio Gramsci? ¿A quién sirvió su llegada? Ante todo, no vino de la URSS ni a través de los comunistas franceses. No lo trajo el “deshielo” jruschoviano, modernización tan moderada que no descongeló ningún problema básico. De Europa oriental llegaron, a lo sumo, ideas de reforma económica, cierto humanismo filosófico, algo del pensamiento polaco; la prosa francesa no iba más allá en su contenido. Además, esa literatura era minoritaria respecto a su propia línea principal, y sus productores vivían a la sombra tenaz del estalinismo. De aquella Europa vinieron Liberman y Garaudy, pero no Gramsci. El movimiento comunista orientado por la URSS –que antes de la guerra había elogiado a Jorge Dimitrov–, reconocía más bien a Palmiro Togliatti como el más destacado de sus intelectuales.

Pero las realidades siempre son complicadas. Fue el prosoviético Partido Comunista Argentino quien nos abrió la posibilidad de conocer el pensamiento de Gramsci. En nuestras condiciones logramos sacarle un enorme provecho a aquel encuentro, y la herejía cubana lo asumió con naturalidad cuando aún resultaba demasiado difícil hacerlo en la URSS y los países europeos de su campo. Conocimos *Cuadernos de la Cárcel* a partir de los cuatro “libros verdes” de Lautaro (les llamábamos así por sus portadas verde oscuro), traídos a Cuba en cantidad apreciable antes de 1965.² El

¹ En 1960 se editó en La Habana un capítulo de *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, “El problema de la tierra”, como tercer libro de la colección Primer Festival del Pensamiento Político, Editora Popular de Cuba y el Caribe. En 1963, Casa de las Américas publicó el texto completo de los *Siete ensayos*, como segundo volumen de su Colección Literatura Latinoamericana. José Aricó escribió: “(...) fue mérito de los comunistas cubanos, luego de la Revolución, haber roto este cordón sanitario” (1980:83). Aricó realizó la selección y las notas introductorias de la sección de documentos (120 pp.) de aquel número, dedicado al cincuentenario de la muerte de Mariátegui.

² Editorial Lautaro publicó cuatro tomos de la edición italiana (1958-1962). Los dos últimos, *El Risorgimento* y *Pasado y Presente*, fueron publicados en Buenos Aires, Gernika, 1974. José M. Aricó, traductor de los tomos tercero y cuarto, fue notablemente influido por Gramsci. El grupo de la revista *Pasado y Presente* trató de asumir un marxismo revolucionario con ayuda de Gramsci, pero fue condenado por su partido (Aricó, 1964:241-265). José Aricó fue un notable intelectual, y tuvo un papel muy importante en la principal iniciativa de divulgación de las obras del marxismo en América Latina.

artículo “Una revolución contra *El capital*”, algunos otros textos gramscianos y un folleto biográfico iban ampliando la bibliografía disponible. Desde el primer momento, advertimos en Antonio Gramsci rasgos muy favorables:

a) Era un combatiente revolucionario: eso era primordial en Cuba. Había sido fundador del Partido Comunista Italiano, compañero de los bolcheviques y prisionero de los fascistas más de diez años, hasta su muerte. Esas credenciales lo avalaban para ser atendido con enorme simpatía;

b) Era un crítico formidable de la versión del marxismo proveniente de la URSS, no sólo de ciertas obras e ideas –como su crítica a Bujarin–, sino del conjunto de la posición teórica de ese marxismo;

c) Escribía de manera muy rica y sugerente sobre cuestiones fundamentales, ofrecía numerosas ideas y preguntas que llevaban a pensar y a cuestionarse lo establecido y los lugares comunes, promovía que el trabajo intelectual inquiriera, profundizara y penetrara en las complejidades.³ Ofrecía una concepción de la cultura y de sus relaciones con la política, las ideologías y la creación del socialismo;

d) Tenía una posición filosófica bien estructurada, una filosofía marxista de la praxis que planteaba la centralidad de la dialéctica.

Fue la gran Revolución la que promovió la necesidad de una filosofía. Solamente entre 1790 y 1840 la filosofía había tenido una producción y un lugar intelectual relevantes en Cuba; pero era una actividad sobre todo de docentes, hombres cultos, leídos o escuchados por minorías dentro de las clases alta y media de una colonia que vivía un colosal proceso de crecimiento económico con una enorme masa de fuerza de trabajo esclava y un sistema social de castas. En el siglo y cuarto siguiente, las formas más cultivadas del pensamiento social habían sido las ideas políticas y la historia, la pedagogía y los programas y las tesis de las organizaciones políticas. Desde el siglo XIX los estudiosos conocían las teorías sociales y las disciplinas especializadas que tanto se desarrollaron en el XX; pero la filosofía propiamente dicha tuvo pocos cultivadores. Los marxistas del campo del Partido Comunista y los independientes manejaban ideas filosóficas, pero el centro de sus estudios y debates eran las prácticas y las ideas políticas y económicas, y la historia de Cuba.

³ “(...) una forma de enfocar el marxismo. De un marxismo de verdades absolutas a otro renovado y sin absolutismos; nada viene dado por sí, todo había que investigarlo de nuevo”. Opinión de uno de los miembros del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana entrevistados por la socióloga Marta Núñez Sarmiento (1999). Publicada en *Hablar de Gramsci* (2003:99).

Junto al cambio de sentido de los tiempos, se generalizó la convicción de que éramos históricos. Se pusieron a la orden del día o aparecieron preguntas tales como: ¿Quiénes somos? ¿Podremos cambiar? ¿Cómo? ¿En qué sentido y cómo dirigir la conducta individual para encontrar reglas a las cuales atenernos y cumplir con los ideales tan ambiciosos y abarcadores que tenemos? ¿Cómo relacionar la moral con la actuación en política, y con lo político en general? ¿La moral será un proceso o dependerá de una naturaleza determinada? ¿Qué es necesario conocer? ¿En qué consiste conocer? Y así sucesivamente. Nuevas y antiguas preguntas se formulaban o estaban implícitas. Los gigantescos saltos culturales, la escolarización súbita y masiva que multiplicó a los actores intelectuales y sus capacidades, hacían que se reforzara esa necesidad.

Ese movimiento positivo fue desafiado de inmediato no sólo por los problemas que él mismo levantaba, sino por dos escollos que encontró:

- a) El carácter unificador de la Revolución –metida siempre en combates de vida o muerte y necesitada de potenciar todas las fuerzas disponibles– tendía a no admitir disensos. Y en la práctica resultaba muy difícil comprender que, en el campo del pensamiento, no le es posible a la Revolución socialista actuar con las reglas que rigen en otros campos;
- b) Las confusiones que engendraba la ideología llamada marxista-leninista, porque hacía creer a muchos de los que deseaban y necesitaban desarrollar su conciencia y sus conocimientos que debían asumir aquel materialismo, el economicismo, el ateísmo y, en suma, un dogmatismo en nombre del marxismo y sus corolarios.

Los años sesenta cubanos fueron un capítulo de enorme importancia en el crecimiento del pensamiento revolucionario producido por el Tercer Mundo. En un país latinoamericano sumamente occidental triunfó, por primera vez en el mundo, una revolución anti-neocolonial, que proclamó, por boca de Fidel, ser la expresión de un nuevo bloque histórico: “una revolución socialista democrática de los humildes, por los humildes y para los humildes”. Pero había que poner al pensamiento a la altura de los hechos, de los problemas y de los proyectos, porque en una Revolución como ésta, el pensamiento debía ser un auxiliar imprescindible, una vanguardia y un prefigurador.

Sucedió entonces una colosal batalla de las ideas cuya parte fundamental después fue sometida al olvido, pero ya está regresando –en buen momento– para ayudar a los cubanos a comprender bien de dónde venimos, qué somos y a dónde podemos ir. Necesitábamos entonces un marxismo creador, abierto y que debatiera, que supiera asumir un anticolonialismo radical, el internacionalismo, un verdadero antimperialismo y transformaciones sin fronteras de la persona y la sociedad socialista, como premisas

para un trabajo intelectual indeclinable en su autonomía y esencialmente crítico. Y un marxismo que no se creyera el único pensamiento admisible, ni el juez de los demás.

La entrada de Gramsci a Cuba no dio lugar a polémica, aunque ciertamente unos lo aceptaban y otros no; se topó con él gente con diferentes intereses, proveniente de distintos lugares y trabajos. Los que rechazaban las posiciones de la coexistencia pacífica, la “democracia nacional”, la oposición a la lucha armada en América Latina y la “lucha por la paz” como cobertura que eran de una geopolítica entre potencias, del hegemonismo en nombre del socialismo y del reformismo como tendencia política dominante, pero necesitaban hacerlo como marxistas, en vez de ser excluidos o excluirse ante la soberbia de los que se consideraban propietarios del marxismo.

Cierto número de trabajadores en los campos de la teoría y las ciencias sociales –que necesitaban oxígeno para el pensamiento, que éste existiera realmente y desarrollara la capacidad de pensar con criterios propios, como planteaban los dirigentes de la Revolución– encontraron en Gramsci fundamentos estéticos marxistas coherentes con las necesidades y problemas culturales del país, pero chocaban con el “realismo socialista”, las manifestaciones concretas de dogmatismo y los textos de “estética marxista-leninista”.

Mi entusiasmo e identificación con Gramsci fueron inmediatos a la primera lectura de los “libros verdes”. Su posición filosófica fue lo que de inicio más me interesó, pero enseguida traté de aprender a utilizar su aparato conceptual, considerado en su articulación dentro de una concepción teórica, y su método. Al mismo tiempo, sus temas y argumentos, en sí mismos, me ganaban, y su manera de escribir me fascinaba. Pero no era el mío un ejercicio en soledad, porque pertenecía a un grupo de jóvenes que formábamos el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, e impartíamos filosofía marxista a todas las carreras de esa universidad. Los más “viejos” del colectivo trabajamos allí durante nueve años, desde principios de 1963 hasta su disolución en noviembre de 1971. Entre otras actividades del grupo estuvo la creación de la revista teórica mensual *Pensamiento Crítico*, que se publicó de febrero de 1967 a agosto de 1971.

Nuestra idea primera era servir a la Revolución, con lo cual no éramos nada originales: así pensaba la mayoría de los cubanos activos entonces. En segundo lugar, en cuanto al marxismo, debíamos “incendiar el océano”. La imagen no era nuestra, era del Presidente de la República, Osvaldo Dorticós Torrado, en una intervención no pública en el Departamento de Filosofía, en 1964. “Incendiar el océano” quería decir encontrar un camino ajeno a la ideología soviética y desarrollar la teoría marxista en Cuba para que pudiera satisfacer las necesidades de la Revolución y tener funciones correspondientes a ella. Muy pronto tuvimos claro nuestro deber de luchar contra el

dogma y contra el reformismo político; ambos andaban bastante juntos, aunque en realidad nunca han sido excluyentes. Pero tener una posición era apenas el comienzo. Debíamos participar en la creación de una dimensión filosófica que no fuera un simple adorno de la política. En privado dijimos, con más urgencia que inmodestia: “tenemos que lograr que el marxismo leninismo se ponga a la altura de la Revolución Cubana”.

Éramos, por tanto, parte consciente y activa en las confrontaciones de ideas de aquella época. Como en 1965 eliminamos los manuales soviéticos de nuestra docencia, nuestros críticos nos tildaron de “clasicistas”, por utilizar textos de Marx, Engels y Lenin. No faltó quién nos tachara de “revisionistas de izquierda”, por reproducir y distribuirles a los alumnos el discurso pronunciado por el Che en Argel, en febrero de 1965. Pero no pretendíamos ser simples voceros de una línea política. El trabajo docente y la superación estuvieron muy organizados desde el inicio, y nuestro régimen de exigencias era muy riguroso. Estudiábamos, investigábamos y discutíamos con gran tesón y sin tasa; tratábamos de forjar un método opuesto a los prejuicios y dogmas. Las búsquedas debían ser realmente honestas, esto es, teniendo en consideración los criterios y los hechos divergentes u opuestos a nuestras ideas.

Mis escritos tempranos muestran la influencia del pensamiento de Gramsci.⁴ Me correspondió difundir a Gramsci entre mis compañeros, y en su capacitación para utilizarlo y exponer sus ideas, que introdujimos en la docencia en 1965. Para ello imprimimos en mimeógrafo textos suyos como “La llamada realidad del mundo externo”, “Base y superestructura”, y otros. En medio de un proceso de profunda reformulación de nuestra posición teórica publicamos, a inicios de 1966, un primer libro para alumnos, muy grueso y de paginación medio inverosímil, *Lecturas de filosofía* (1966). Gramsci ocupaba en él cincuenta y tres páginas, en cuatro grupos de textos. Acompañaba a Carlos Marx, Leontiev, Gordon Childe, Lenin, Engels, Guy Besse, Louis Althusser, Paul Sweezy, Amílcar Cabral, Fidel Castro, Che Guevara, Andrés Polikarov, Regis Debray, Meliujin, Alberto Einstein, Manuel Sacristán y algunos otros. Aparecían también textos breves de algunos de nosotros. El libro era en sí mismo una posición gramsciana ante nuestro problema, es decir: “hemos puesto aquí a todo el mundo, pero con un orden determinado y guiados por un propósito”.

⁴ Lo que puede apreciarse desde un comentario crítico a los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, publicado en Cuba, en *Juventud Rebelde* el 24 de diciembre de 1965. Estaba utilizando a Gramsci en mis elaboraciones internas en el Departamento de Filosofía, y me ayudó mucho en la preparación de un texto extenso y de asunto cubano, “Problemas del marxismo como ideología”, destinado al compañero Armando Hart, que era entonces el organizador nacional del naciente Partido Comunista (enero de 1966, inédito). Desde entonces hasta hoy me he valido del pensamiento y la posición gramscianos como un instrumento en mi trabajo intelectual.

Un segundo libro de texto, mucho más ambicioso y con numerosos trabajos nuestros, pero basado sobre la misma concepción, fue publicado en 1968.⁵

Desde 1965 comenzamos a recibir textos de Gramsci y acerca de él, provenientes de Italia. Nos llegaban libros y revistas de ese país, sobre todo de izquierda, y en ellos era fuerte su presencia. Desde entonces hasta 1971 estuvimos bien provistos de publicaciones extranjeras, por intercambios y con la ayuda de amigos y de gente interesada en la Revolución Cubana, que era muy influyente en la izquierda.⁶ En 1970 quisimos traducir la reciente biografía de Gramsci escrita por Giuseppe Fiori, pero ya no pudimos publicarla.⁷ (Fiori, 1966). En 1973 apareció la *Antología* preparada por Manuel Sacristán (1970) pero fue una edición póstuma, porque ya había terminado la primera etapa de Gramsci en Cuba.

Sintetizo los resultados intelectuales e ideológicos de esa primera etapa. De 1965 a 1971 miles de alumnos de las tres universidades que tenía entonces Cuba recibieron cursos y conocieron el pensamiento de Gramsci en sus propios textos. Otros miles leyeron sus textos en multitud de escuelas, de organismos del Estado y organizaciones políticas, sociales y militares. Se incluía a Gramsci en los programas de formación y de superación de profesores de filosofía. Se hizo una amplia utilización de sus ideas en el trabajo teórico y de investigaciones sociales, las que eran entonces una fiebre impulsada por la propia dirección política del país. Es preciso destacar que el estudio de Gramsci comenzó por textos suyos, y no por interpretaciones; ese orden se mantuvo en la docencia y la divulgación.⁸

La asimilación del pensamiento de Gramsci fue muy fructífera. Trataré de esquematizar esos aportes en siete puntos.

1. Ante todo, una nueva perspectiva y una nueva formulación de la teoría marxista, inclusiva de la cultura como tal y de una teoría de los intelectuales en sus

⁵ Esta edición de *Lecturas de filosofía* contó con 796 páginas y se tiraron 14 000 ejemplares.

⁶ Por entonces nuestras relaciones internacionales eran amplísimas. Por ejemplo, recibíamos con regularidad 104 publicaciones periódicas de pensamiento y ciencias sociales en canje por *Pensamiento Crítico*, entre ellas las más conocidas de la izquierda, aunque no solamente de esa orientación.

⁷ La obra consta de 366 páginas. Se publicó en inglés (Nueva York, 1971), alemán (Berlín, 1979), portugués (Río de Janeiro, 1979) y después en español (Barcelona). Gracias a la solidaridad del Círculo de Sassari (Cerdeña) de la Asociación de Amistad Italia-Cuba pudimos contar al fin con una edición cubana, *Vida de Antonio Gramsci*, que fue impresa en español en Verona (Edizioni Della Sabbia/Edizioni Achab, 2002). Fiori la saludó con alegría, pero su estado de salud le impidió escribir un prólogo para la edición cubana.

⁸ "Hoy no es posible repetir esa experiencia, aunque se lea a Gramsci directamente, porque hay muchas lecturas sobre este autor". Opinión de un entrevistado (Núñez, 1999:96).

especificidades, y puestas ambas en relación con el desarrollo histórico de la dominación y con la revolución.

2. La cultura de las clases subalternas como un tema central.
3. Una teoría que relaciona a las personas comunes con la filosofía, lo que es un logro muy feliz para una sociedad en revolución.
4. Una concepción marxista del mundo vinculada realmente con la política práctica.
5. La idea –y esta quinta cuestión era básica para nosotros– de que la transición socialista debe consistir en una sucesión y combinación de gigantescos cambios culturales, y no en la supuesta “construcción de la base técnico-material del socialismo”, como si la economía fuera una locomotora que arrastra los vagones de la sociedad.
6. Gramsci nos ayudó a pensar la concepción de la creación del socialismo que asumíamos, que a mi juicio sigue siendo la acertada.
7. También constituía una aproximación filosófica a la revolución como un acontecimiento humano y protagonizado por seres humanos. Y nos planteaba siempre, sin tregua, la tremenda complejidad de lo social.

Apunto otras cuatro cuestiones que me parecen destacables.

1. La primera es que Gramsci proporcionó un formidable alegato contra el dogmatismo del llamado Materialismo Dialéctico e Histórico, el economicismo, la mezcla de pensamiento especulativo y positivismo en nombre del marxismo, la metafísica, el evolucionismo, las simplificaciones, el autoritarismo, el cientificismo y la pedantería.
2. A través de una concepción crítica del mundo, brindó un terreno teórico positivo en el cual cabían, funcionaban y debían articularse, entre otras cuestiones: la hegemonía como teatro de contienda cultural: el partido como acción organizada, intelectual colectivo y forma de poder; los simples; la filosofía como superadora del sentido común; los intelectuales orgánicos; la recuperación de la centralidad de la dialéctica.
3. Nos ayudó en la búsqueda del único objetivo superior y al mismo tiempo viable de la transición socialista: la superación de la cultura del capitalismo a través del trabajo con la conciencia y las subjetividades. Con Marx conocíamos la necesidad de levantarse contra la totalidad del mundo vigente, y no contra una parte de él; esto es, no pasar de un tipo de dominación a otro, sino acabar con todo tipo de dominación. Con Gramsci veíamos que la teoría es capaz de participar en la creación del socialismo. Ella permite pensar profundamente la complejidad de un proceso que asuma la socialización efectiva de los medios de producción, la economía y toda la vida pública; que se articule a un internacionalismo que corresponda a los avances del movimiento y las ideas mundiales a favor de la liberación, y no un vehículo de la razón de Estado. Un socialismo que sea organizador de luchas y de cambios revolucionarios, es decir, superador de los

límites que le ponen a la acción humana las condiciones llamadas materiales u objetivas de reproducción de la vida social. Un socialismo que no tema, ni oculte demagógicamente, que la transición socialista está obligada a tener un poder muy fuerte y también su propio tipo de dominación, pero que al mismo tiempo está obligada a desarrollar medios efectivos de socializar progresivamente los controles que ejerce y debilitar su naturaleza en cuanto a esa dominación, viabilizando el ejercicio creciente de libertades que resulta imprescindible para la existencia y el avance del socialismo. Una teoría y unas prefiguraciones de la dialéctica entre dominación y libertad en la transición socialista y, por tanto, entre el poder y el proyecto; dialéctica en la que el poder tiene que estar al servicio del proyecto.

4. Por último, al estudiar la vida de aquel hombre extraordinario conocimos también a uno de los protagonistas de un gran drama histórico: el del apogeo y la tragedia del bolchevismo y el heroísmo y los sacrificios de las luchas de clases en la Europa de los años veinte-treinta; el primer intento de universalización del movimiento comunista y el marxismo; el final de la Revolución soviética y el inicio de la dogmatización oficial del marxismo. Los textos y la odisea personal de Gramsci contribuyeron también a nuestra madurez intelectual respecto a la historia del marxismo y el socialismo, y a las luchas contra el capitalismo.

La obra de Gramsci, sus preguntas, sus temas, su arquitectura teórica, sus métodos y el carácter abierto de su pensamiento constituyeron una verdadera riqueza de caminos, sugerencias, intuiciones, interrogantes cruciales, incitación a pensar y a conocer, para actuar consecuentemente. Fue una de las armas intelectuales de la primera etapa de la Revolución en el poder, sobre todo en cuanto a su profundización y a la formulación de un proyecto comunista de la Revolución Cubana.

Gramsci estuvo totalmente comprometido en Cuba, y tenía que sufrir el final de esa primera etapa. Cuando comenzó la segunda etapa de la Revolución –con sus logros y sus desaciertos, frenos y retrocesos, contradictoria en numerosos aspectos, pero funesta para el pensamiento social–, Gramsci salió de los programas docentes y se convirtió en un extraño en Cuba. Al italiano no se le mencionó más.⁹ Sin embargo, ya Gramsci había estado: ese fue un hecho extraordinario para la cultura cubana. Era una herencia yacente, como otros muchos aspectos del gran avance intelectual y de la acumulación cultural constituida por los frutos de la Revolución Cubana. Puedo

⁹ “El marxismo como disciplina y como saber social tiene también su historia en el proceso de transición socialista cubano. No hablaré aquí de sus caídas y vicisitudes; basta recordar que Antonio Gramsci, el último gran pensador europeo del período leninista, era estudiado y publicado en Cuba hace veintitrés años, y en los setenta-ochenta simplemente fue desaparecido” (Martínez Heredia, 1990:29).

afirmar, en ese sentido, que su obra y su ejemplo quedaron como un valor permanente, a pesar de su suerte inmediata.

Fue en Cuba donde sucedió la experiencia más amplia de introducción de Gramsci en América Latina, y la que tuvo efectos más trascendentes. La historia intelectual de Gramsci en este continente viene siendo estudiada y debatida en las últimas décadas por numerosos investigadores y activistas sociales y políticos. No puedo evitar, sin embargo, un comentario: la mayoría de los trabajos y publicaciones acerca de ese tema han excluido el caso cubano. La difusión y el uso de Gramsci en la Cuba de los años sesenta no se mencionan, ni siquiera se citan las ediciones cubanas de aquella época.

A partir de 1986, la dogmatización y el empobrecimiento que habían regido al pensamiento social cubano fueron atacados por el enérgico movimiento político llamado de rectificación de errores y tendencias negativas, iniciado por la dirección de la Revolución. El final de la URSS y de los regímenes de Europa oriental, así como la bancarrota de su ideología, favorecieron aún más las condiciones para una recuperación y nuevos desarrollos del pensamiento social.

El regreso de Gramsci, sin embargo, no fue rápido ni fácil, sólo fue posible cuando se hizo realidad la diversificación y coexistencia de ideas que predomina en la Cuba actual. Cada vez es más estudiado y se publican textos suyos y sobre él, algunos de ellos con fuerte resonancia. El Ministerio de Cultura creó la Cátedra de Estudios Antonio Gramsci que funciona desde hace quince años. Un buen número de intelectuales y de jóvenes activos se identifican con sus ideas, muchas veces en relación con las prácticas de educación popular.

Gramsci vuelve a ser un instrumento sumamente valioso para las investigaciones sobre los problemas de la sociedad y la cultura, la recuperación del marxismo como teoría dialéctica anticapitalista y la identificación, defensa y profundización de nuestra transición socialista.

Bibliografía

- ARICÓ, José (1964), "Examen de conciencia", en *Pasado y Presente*, Córdoba, Argentina, núm. 4, enero-marzo.
- ARICÓ, José (1980a), "Cincuentenario de la muerte de José Carlos Mariátegui", en *Socialismo y participación*, Lima, CEDEP, núm. 11, septiembre.
- ARICÓ, José (1980b), *Marx y América Latina*, Lima, CEDEP.
- FIORI, Giuseppe (1966), *Vita di Antonio Gramsci*, Italia, Editori Laterza, Bari.
- MARIÁTEGUI, José Carlos (1963), *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*,

- La Habana, Cuba, Casa de las Américas, Colección "Literatura Latinoamericana".
- MARIÁTEGUI, José Carlos (1979), *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Venezuela, Fundación Biblioteca Ayacucho.
- MARTÍNEZ HEREDIA, Fernando (1966), *Lecturas de filosofía*, La Habana, Cuba, Departamento de Filosofía, Imprenta Universitaria, Universidad de La Habana.
- MARTÍNEZ HEREDIA, Fernando (1968), *Lecturas de Filosofía* ("el libro verde"), La Habana, Instituto del Libro, dos tomos.
- MARTÍNEZ HEREDIA, Fernando (1990), "Transición socialista y cultura: problemas actuales", en *Casa de las Américas*, La Habana, Cuba, núm. CLXXVII, enero-febrero.
- MARTÍNEZ HEREDIA, Fernando (1991), "Cuba: problemas de la liberación, el socialismo, la democracia", en *Cuadernos de Nuestra América*, La Habana, Centro de Estudios sobre América, núm. XVII, julio-diciembre.
- MARTÍNEZ HEREDIA, Fernando (2006), *Socialismo, liberación y democracia. En el horno de los noventa*, Melbourne, Australia, Ocean Sur.
- MARTÍNEZ HEREDIA, Fernando (2007), "Socialismo, liberación y democracia", *Cuadernos de Nuestra América*, La Habana, Centro de Estudios sobre América.
- NÚÑEZ SARMIENTO, Marta (1999), "La apropiación de Gramsci en Cuba en los años 60: un estudio de caso", México, La Habana, Taller cubano-mexicano sobre Gramsci, Cátedra Antonio Gramsci de Cuba/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/International Gramsci Society (IGS).
- NÚÑEZ SARMIENTO, Marta (2003), "La apropiación de Gramsci en Cuba en los años 60: un estudio de caso", en *Hablar de Gramsci*, La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.
- SACRISTÁN, Manuel (1970), *Antonio Gramsci: Antología*, México, Siglo XXI.

Mayo de 2013